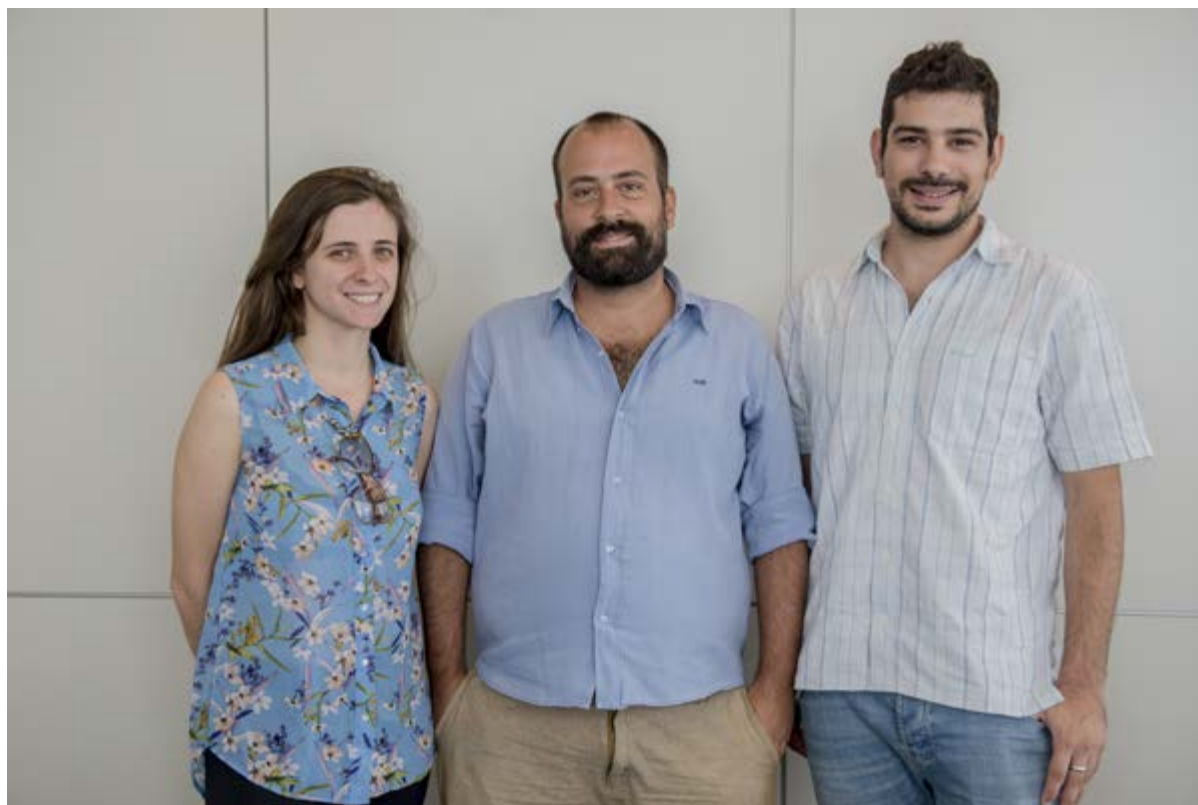


“Me clavó el visto”: cómo las nuevas tecnologías pueden generar control y violencia o potenciar el amor

SOCIOLOGÍA



Tres investigadores del CONICET estudian la espera en las relaciones amorosas en aplicaciones como WhatsApp y Facebook



MARIANA PALUMBO (30), MARTÍN BOY (35), Y MAXIMILIANO MARENTES (27).

Se espera en el médico, se espera en la parada del colectivo, se espera en la entrevista laboral para un nuevo trabajo y en un embotellamiento de autos. Y también se espera en el amor: que se repita una cita, que se enamore, que aparezca el amor de la vida. Ese fue el núcleo de la investigación de tres científicos del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET): la espera en las relaciones amorosas -ese tiempo suspendido, nube de expectativa y ansiedad que flota en el universo cotidiano de cada uno sin poder predecir su fecha de vencimiento, pero que además se potencia por el uso de tecnologías como Facebook y WhatsApp- en jóvenes heterosexuales de clase media del Área Metropolitana de Buenos Aires.

Estas aplicaciones, tan presentes en las relaciones de hoy en día, generan control y también descontrol sobre uno mismo y la pareja, modifican y moldean el estado de ánimo al disparar, entre otros síntomas, los celos excesivos. Cuando alguien espera hay alguien que se hace esperar, pero eso no es fijo: en las relaciones amorosas los sujetos cambian y las dinámicas se modifican, señalan los sociólogos del Instituto de Investigaciones Gino Germani Maximiliano Marentes, Mariana Palumbo y Martín Boy, autores del trabajo *Me clavó el visto: los jóvenes y las esperas en el amor a partir de las nuevas tecnologías*, que se enmarca en un proyecto que problematiza las esperas -en tres aspectos: el amor, el trabajo y la salud- y dirige el investigador del Consejo Mario Pecheny.

¿Cómo surgió este trabajo? “Los tres estudiamos temas de amor romántico y violencia y nos interesó problematizar el contexto de redes sociales como forma de relacionarse, no como ruptura del lazo social sino en su impacto en los vínculos”, señala Marian Palumbo. “Para nosotros las redes no son negativas: con ellas la gente se suma, se relaciona, se recontra erotiza. Solo que a

veces, como permiten tanto control también hacen que el sujeto se descontrole más: nos hacen sentir que el otro no está haciendo lo que se espera”. Para el paper, realizaron 25 entrevistas en profundidad a jóvenes, en las que recrearon escenas de su vida vinculadas a la espera y el amor.

“Antes había más paciencia y era imposible estar sobre el otro”, amplía Martín Boy. “Las esperas en los vínculos eran irremediamente tediosas: se mandaba una carta que tardaba días o semanas, y luego la respuesta que tardaría otro tanto. Ahora, con la tecnología, las esperas ya no concilian con la idea de tiempos largos, y la necesidad de inmediatez genera escenas de conflicto, discusión, ira, bronca, desamor; pero cuidado: también la resolución de escenas con esos condimentos pueden derivar en una mayor fusión entre los amantes, reconciliaciones que reestablecen el equilibrio en el `vos sos el centro de mi vida, si te hice esperar fue sin querer, no a propósito”.

“Lo que pasa hoy en día -coincide Maximiliano Marentes- es que hay muchas formas de mitigar y derribar esa espera. Pero a la vez es un engaño: creemos que podemos romper esa espera rápidamente, pero como a la vez no se rompe, si yo puedo ver que el otro no me está respondiendo, se fabrican otras esperas, más dolorosas”.

Los emoticones, poner un me gusta, enviar un audio y hasta el sexo virtual son algunos de los nuevos códigos de la comunicación afectiva. Las redes sociales permiten otras formas de relacionarse, mostrar afecto y también de comenzar una disputa. Porque la promesa de

fidelidad se puede romper si veo que mi pareja puso un “me gusta” a otra persona potencialmente “peligrosa” para el vínculo. O porque nos permiten tener información sobre los movimientos del otro: cuándo fue la última vez que tuvo el teléfono a mano, a qué distancia se encuentra de mí. Las redes sociales también ofician de informantes: agregan información pública a la imagen que el sujeto amoroso tiene del sujeto amado. O permiten que los amantes sientan que están cercanos, aunque en lo físico estén distantes.

Uno de los hallazgos de la investigación científica sobre el tema fue llegar a ver cómo las nuevas tecnologías detonan distintas escenas de violencia pero también de erotización en los jóvenes. “Cómo median estas nuevas tecnologías y generan afectividad marcada porque ‘me clavaste el visto, entonces me hacés esperar’. Esa espera es negativa: dejo de ser el sujeto más importante para el otro, eso desata una discusión o escena de violencia. Pero luego eso se resignifica, y se reerotizan los jóvenes: a partir de eso vuelven a construir su vínculo”, explica Martín Boy.

“Antes había más paciencia y era imposible estar sobre el otro”, amplía Martín Boy. “Las esperas en los vínculos eran irremediablemente tediosas: se mandaba una carta que tardaba días o semanas, y luego la respuesta que tardaría otro tanto. Ahora, con la tecnología, las esperas ya no concilian con la idea de tiempos largos, y la necesidad de inmediatez genera escenas de conflicto, discusión, ira, bronca, desamor”.

Fragmento de una escena recreada por los científicos en el paper “Te clavo el visto”

Al momento de la entrevista, Daniela y Germán eran novios hacía un año y cuatro meses. Daniela, de 16 años, estaba rindiendo las materias para pasar a cuarto año. Tendría que haber pasado a quinto año, pero repitió uno. Cursaba la secundaria en una escuela media del barrio de Belgrano. Sus padres estaban separados. Vivía con su mamá en una casa del barrio de Colegiales, de la cual son propietarios. Su padre alquilaba un departamento en Moreno. Tanto su madre, empleada bancaria, como su padre, psicólogo, habían completado el nivel universitario. Ellos le daban dinero para sus

gastos. El hermano mayor de Daniela vivía en otro país. Con Germán iban a la misma escuela. Ella tuvo un novio cuando tenía 14 años y salió seis meses, era el mejor amigo de Germán, de quien al mismo tiempo comenzó a sentirse atraída. Terminó ese noviazgo e inició una relación con Germán. Daniela fue entrevistada de manera individual y también junto a Germán.

Germán tenía 18 años al momento de la entrevista. En diciembre terminó los estudios secundarios en una escuela media pública del barrio de Belgrano. Estaba preparando el ingreso para la carrera de Ingeniería en la Universidad Tecnológica Nacional. Había comenzado a trabajar

Y continúa: “En este punto, se nos ocurrió complejizar esto de que la violencia no es amor, porque dentro del amor siempre puede estar la violencia en distintas escalas –desde controlar el celular del otro, movimientos del otro, pensar al otro como una propiedad y todo lo que eso provoca-. Y cómo eso se reactualiza con estas nuevas herramientas”.

“Hay algo de lo que pasa en el amor en términos generales en torno a cómo lo definimos y cómo debería ser –agrega Maximiliano Marentes-. Estamos acostumbrados a decir que si hay violencia no es amor, pero nosotros nos paramos un poquito más atrás, y vemos que si en todos estos vínculos hay escenas o rispideces, tensiones, entonces son parte del amor. Las relaciones son más porosas de lo que acostumbramos pensar”.

Ese punto se relaciona con la lucha del Día de la Mujer, celebrado el 8 de marzo pasado. “Desde esa perspectiva –indica Mariana Palumbo– quisimos aportar a pensar la violencia desde lo académico. No son violencias extremas, como los feminicidios, pero sí son primeras violencias, más

hacia unos días. Sus padres estaban divorciados, y él vivía la mitad de la semana con cada uno. Ambos alquilaban en el barrio de Belgrano. Su mamá es docente y trabaja como tal; su papá posee el nivel universitario incompleto y trabaja como empleado y de forma independiente. Antes de comenzar a salir con Daniela tuvo una relación por un tiempo con una joven tres años menor que él, y luego con otra joven con la que se veían esporádicamente. Daniela es su primera relación de noviazgo duradera.

Una las razones por las cuales ellos discuten, según Daniela, es porque me clava el visto en el WhatsApp, no me responde los mensajes de texto o no me llama por teléfono y eso me enferma. Estos



hechos generan situaciones de espera que ponen en entredicho el precepto del amor romántico de que uno es la prioridad para el sujeto amado. No ser el centro del otro genera conflictos. Desde un análisis de la escena, se puede observar que apenas ella le envía el mensaje, comienza la espera. Daniela puede ver si él recibió el mensaje dado que las redes sociales nos informan el horario exacto de la última conexión y si el destinatario lo leyó o no (hoy en día los/as usuarios/as pueden deshabilitar esta opción, pero en el momento de la entrevista esto no era posible). De este modo, estas nuevas tecnologías habilitan una forma de poder para quien hace esperar y de control para quien espera porque estará pendiente de que le

cotidianas e invisibilizadas, que deben tenerse en cuenta. Como son parte de lo amoroso la gente no se escandaliza, pero al analizarlo y verlo seriado se ve un problema: las redes sociales disparan los celos y control en la espera, con mucha vehemencia y de modo vertiginoso”.

Se podrá suponer que los jóvenes responden a nuevos parámetros respecto al amor. Sin embargo, un rasgo que les llamó la atención a los científicos durante su trabajo de campo fue que en el universo de sus entrevistados –jóvenes de entre 18 y 24 años-, la mayoría manejó conceptos que se vinculan con el amor romántico. Es decir que en esta generación aún sobrevuela la idea de “búsqueda” personal del ser amado ideal, los afectos y sus expresiones corporales -caricias o besos- por sobre la relación sexual, la idealización del sujeto amado, la propuesta de un proyecto

responda. Dentro de la secuencia que se desarrolla dentro de la espera –primero envía el mensaje de WhatsApp, ve si él está conectado, cuándo fue el horario de su última conexión–, aparecen las dos tildes azules que indican que el destinatario leyó el mensaje y decidió no responder. En ese momento se termina para Daniela la primera espera, marcada por el estado anímico de la ansiedad, de no saber si él leyó el mensaje o no y nace una nueva espera: la de esperar que él decida responder el mensaje. En este nuevo momento de espera, Daniela se siente desvalorizada y esto le genera enojo. No obstante, podemos observar que, en las escenas, puede haber resistencia por parte de quien está esperando. Cuando Germán aparezca, Daniela

compartido que perdure en el tiempo, la promesa de la fidelidad y la entrega total. “Y las fisuras de estas representaciones generan situaciones de conflicto y discusión, sobre todo cuando se quiebra la premisa fundamental del vínculo amoroso, cuando uno o el otro ya no es el centro del mundo (del otro y del propio)”, aclara el *paper* científico de estos investigadores.

“La dimensión del amor romántico es la del individuo –apunta Maximiliano Marentes-. Está bastante estudiado que el amor romántico se constituye como tal ante la idea del individuo, su deseo y demás. Eso es algo que tenemos naturalizado pero es bastante nuevo en la historia de la humanidad”.

Entre los dilemas de la actual vida tecnologizada, hay uno que es *trending topic*: ¿revelar o no revelar la contraseña de Facebook al ser amado? “Se toma como una prueba de amor. El amor romántico tiene muchos elementos violentos, de control y celos. Pero también, a partir de estas prácticas violentas, los jóvenes reactualizan su amor porque si finalmente brindan su contraseña,

actuará tal como hizo Germán con ella, no le hablará. En este nuevo escenario, ella se volverá la soberana

(...) Las situaciones de espera y de no respuesta generan efectos tangibles sobre el estado de ánimo de Daniela. Su foco de atención queda puesto en por qué no me responde, al punto de que no puede concentrarse en sus actividades diarias. Estoy ahí pendiente de lo que pasa. No está bueno. La espera y ausencia del sujeto amado “se inscriben como letras de tinta visible e invisibles” (Frigerio, 2006: 26) en la superficie del cuerpo. Como explica Frigerio (2006), cada sujeto puede dar cuenta del efecto devastador de

“Como son parte de lo amoroso la gente no se escandaliza, pero al analizarlo y verlo seriado se ve un problema: las redes sociales disparan los celos y control en la espera, con mucha vehemencia y de modo vertiginoso”.

dan a su pareja una señal de confianza”, indica Mariana Palumbo.

¿Y qué sucede en los vínculos gay? “En los gays –advierte Marentes- hay más porosidad en los vínculos, más amigos, novios, amigos con derechos, parejas, nos conocemos y es el levante de hoy, lo cual hace que se complejice más, y además está la hipersexualización como estrategia erótica en los varones hacia el plano sexual, sin tanta espera. Eso genera otras dinámicas, aunque siempre hay matices”.

Otro punto importante es directamente el lugar que se le dan hoy en día a las relaciones amorosas. “El vínculo hoy tiene para el sujeto un montón de cuestiones que antes no se le jugaban. Si se me juega mucho ahí y esta espera se dilata, me voy a poner peor. Porque tener un amor nos da valor. Y si vos me dejás esperando, no me estás valorando a mí, y por ende yo no estoy valiendo socialmente. Antes, como las cosas eran más lentas, no era tan así. La gente se casaba antes, tenía más hijos. Eso también se modifica. Si el otro no está o no aparece, va a tener connotaciones peores”, asegura Palumbo.

Según señalan los científicos, antes, en la década de los 60, había un modelo más tradicional que ordenaba al mundo: por empezar, uno tenía un trabajo fijo. En los 70, los valores que primaban eran los de la militancia, modelo que hoy en día está en decadencia. “Ahora estamos en una modernidad tardía, un momento de modificación de los lugares de pertenencia de los sujetos –apunta Palumbo- Los sujetos pueden elegir y el Estado legitima las formas de buscar: muestras de ello son Tinder y Happn, donde hay para todos los gustos y ya”.

Estos científicos insisten en que todos somos teóricos del amor. Es un rubro que nos atraviesa indefectiblemente. Este hecho jugó inclusive en la subjetividad de ellos mismos, cuando comenzaron allá por 2015, a definir el tema de este trabajo. “Como investigadores no estamos afuera de lo que estamos investigando”, señala Martín Boy. Él estaba en plena separación después de un año de relación de pareja. Había tenido escenas de celos, posesión, control, pero no las había vivenciado como violencia. “Este estudio me permitió problematizar lo que me había sucedido”.

A Maximiliano Marentes lo mató la espera. Al momento de comenzar la investigación estaba conociendo a alguien, iban a encontrarse en una plaza a la salida de su taller literario, pero por alguna razón su pretendiente se atrasó. “Esperé 40 minutos, lo divertido fue que me quería hacer el que estaba tranquilo y por dentro tenía un nivel de ansiedad que me sacó de mi costado zen y me hizo vivenciar todo lo que venía describiendo en términos analíticos”

Por el lado de Mariana Palumbo, al comenzar

el trabajo estaba soltera y stalkaba a los hombres que le gustaban: “Medía los tiempos de cuándo me respondían, cuánto tiempo esperar para ver a tal persona, los veía conectados en Facebook y me ponía ansiosa. Y con los amigos, aunque tardaran en responder, yo no hago nada de eso. Entonces, trabajar con esto me hizo replantearme por qué con la pareja sí lo hacemos”.

¿Se sienten más capacitados estos científicos para las cuestiones amorosas luego de hacer la investigación? “Sí”, responden los tres al unísono. “Para deconstruirse a uno mismo y darse cuenta que muchas veces uno le pide demasiado al amor. Muchas veces los que mejor surfean la corriente del amor son los que tienen una visión más pragmática: esto es así y punto. Para los que empiezan con muchos ideales, cada ideal que no se cumple implica un sufrimiento”, ensaya Mariana Palumbo.

¿Cuáles son los umbrales de espera? ¿Cuánto puedo esperar? Y, ¿hasta qué punto nuestras propias experiencias amorosas –que generalmente vivenciamos como únicas- no están guionadas por

Fragmento de otra escena recreada por los científicos en el paper “Te clavo el visto”

Miércoles de septiembre, 10.30 horas. Emilia está preparándose el mate, fiel compañero de su momento de estudio. Mientras espera que se caliente el agua, envía un WhatsApp a Pablo.

La vida de Emilia, 23 años, se estructura en torno a su actividad principal: el estudio. La facultad es el centro a partir del cual organiza su cronograma diario. Todo en su vida se ordena por esta actividad: sus rutinarios rituales, su mudanza a Buenos Aires desde La Pampa, sus planes a futuro. La escena, a simple vista, parece la de una

joven que recién levantada se alista para arrancar, tranquilamente, el día estudiando, como parte de un acto cotidiano. Pero un elemento rompe con esa armonía. Hace tres años que Pablo es el novio de Emilia. Los separa una considerable distancia que las nuevas tecnologías se atreven a desafiar. En tan sólo 60 segundos, Emilia chequea dos veces la respuesta de Pablo. El tiempo en el amor se vive distinto que en el estudio: la intensidad del vínculo repercute en que la percepción del tiempo sea diferente.

(...) A partir de la comunicación con su estado anímico, Emilia se da cuenta de cuán importante es la respuesta de Pablo. Se impacienta. Los minutos

nuestros marcos culturales? Las esperas en las relaciones amorosas, observan estos científicos, se enmarcan en un libreto esperable y que se reitera. No somos originales. Al fin y al cabo, todo lo que necesitamos, todos, es amor.

Redacción: Cintia Kemelmajer
Fotografía: CONICET Fotografía

“El vínculo hoy tiene para el sujeto un montón de cuestiones que antes no se le jugaban. Si se me juega mucho ahí y esta espera se dilata, me voy a poner peor. Porque tener un amor nos da valor. Y si vos me dejás esperando, no me estás valorando a mí, y por ende yo no estoy valiendo socialmente”.

pasan más lentos que la capacidad que tiene su mente para explicar(se) por qué él no contesta. Excusarlo implica entender que su dilación en la comunicación no corresponde a un deseo de su propia voluntad, sino que es un sujeto pasivo, que circunstancias externas a él le impiden tomar su celular y mandar aunque sea un emoticón. Emilia entiende que el trabajo de él se interpone a su voluntad para responderle. Seguro que él quiere responder pero no puede. La colocación del otro en el centro de la relación es una de las características del amor romántico (Illouz, 2009). De allí que la no respuesta se explique por eso: si Pablo es protagonista en la vida de Emilia, seguro que ella también lo es en la de él. ¿O no?

La estelaridad del otro es fundante del vínculo amoroso, pero al mismo tiempo puede extenderse a las diferentes esferas de la vida, impregnando así otros ámbitos. La rutina de estudio de Emilia, para quien la facultad era su actividad principal, se vio interrumpida cuando Pablo no contestó.

-

**Para acceder al paper completo de
"Te clavo el visto", haga click aquí:**
[revistas.unc.edu.ar/index.php/astrolabio/
article/viewFile/13376/16213](http://revistas.unc.edu.ar/index.php/astrolabio/article/viewFile/13376/16213)



conicet.gov.ar
info@conicet.gov.ar

[f](#) [t](#) [i](#) [v](#) /CONICETDialoga